

San Elías y los sacerdotes de Baal **Museo de León**

Julia Hagedorn y Adrián Suárez López

San Elías y los sacerdotes de Baal es una pintura barroca realizada al óleo sobre lienzo por el artista Ignacio Abarca y Valdés (1675-1735). Su datación se remonta casi con toda probabilidad a finales del siglo XVII, aunque también podría encajar en los primeros años del siglo XVIII. La obra, de temática religiosa en base a una narración bíblica, fue encargada por el Convento del Carmen de la localidad leonesa de La Bañeza, perteneciente a la Orden Carmelita.

La pintura barroca española, tan espléndida en las principales ciudades y focos artísticos de nuestro país que merece calificar a esta centuria como el Siglo de Oro, en el contexto castellanoleonés tuvo por lo general una importancia menor, a excepción de la escuela de Valladolid. En el caso de la provincia de León, la producción pictórica, más activa en épocas pasadas, redujo su calidad y cantidad al contar con pocas figuras notables, limitándose a encargos de comitentes locales llevados a cabo por artistas de menor envergadura. Y es en este grupo de pintores más vinculados a la tradición gremial y artesanal en el que se encuadra Ignacio Abarca, nacido en León y residente en La Bañeza hasta finales del siglo XVII, donde desarrolló el primer período de su producción, hasta que en 1708 se trasladó a Oviedo, ciudad en la que trabajó hasta su muerte en 1735.

El Convento del Carmen bañezano, hoy desaparecido, surgió como consecuencia de la proliferación de órdenes religiosas a raíz del Concilio de Trento, y se mantuvo activo desde su creación en 1595 hasta el 1835, cuando fue cerrado a causa de las desamortizaciones de Mendizábal. Por ello, podemos suponer que la pintura de Abarca permaneció en el convento hasta el primer tercio del siglo XIX, momento en el que, para evitar la pérdida del patrimonio eclesiástico, fue adquirida por la Comisión de Monumentos, que la cedió al Museo de León a finales del siglo XIX.

La temática elegida para esta obra era frecuente en los monasterios de esta orden, ya que San Elías, profeta del Antiguo Testamento, fue la figura tomada como referente por los

grupos de ermitaños que se trasladaron en época medieval al Monte Carmelo de Israel para seguir un modelo de vida eremítico, y que en el siglo XII acabaron formando la Orden de los Carmelitas. Iconográficamente, se representa un pasaje bíblico concreto narrado en los dos libros de *Reyes*, y que se remonta al siglo IX a.C. En esta época los territorios de Israel estaban gobernados por el rey Ajab y su esposa Jezabel, que habían instalado el culto politeísta a divinidades importadas desde Asia Menor, entre las que se encontraba Baal. Como consecuencia, eran malos tiempos para el Yahvismo, que había sido reprimido con dureza. Tras un largo período de sequía impuesto por Dios como castigo a esta herejía, intervino San Elías, que reunió en la cima del Monte Carmelo a todo el pueblo para dirimir cuál era la religión verdadera. Mandó preparar dos hogueras, con sendos novillos sacrificados, y propuso que tanto él como los sacerdotes de Baal tratasen de prender fuego a los altares por intercesión divina. El único que logró su cometido fue San Elías, por lo que el pueblo comprendió quién era el único Dios, y el profeta aprovechó la ocasión para mandar capturar a los seguidores de Baal y matarlos en el torrente Quisón, siendo este el momento que refleja la pintura de Ignacio Abarca.

De esta forma, San Elías se convirtió para la Orden Carmelita en un ejemplo que encarnaba los ideales tanto de la *contemplatio*, es decir, la vida eremítica dedicada a la oración y a la reflexión, como de la *actio*, vinculada a la acción y a la determinación práctica. En la pintura la escena se enmarca en el entorno natural del Monte Carmelo, cubierto por un cielo nublado, y se representa a San Elías caracterizado con la tonsura y vestido con el hábito carmelitano, al que añade por encima una túnica de piel de cabra, símbolo de la vida en el desierto, al modo de Juan Bautista. A sus pies yacen los sacerdotes de Baal, ya vencidos, a los que ha derrotado con la espada flamígera que porta en su mano derecha, y que posee diferentes connotaciones simbólicas. Por un lado, es una referencia al rayo enviado por Yahvé para prender la hoguera, pero por otro, también puede tratarse de una alusión a la palabra de Dios, que es verdadera, poderosa, y se extiende entre los fieles como el fuego.

Por último, desde un punto de vista formal, aunque esta obra no presenta una gran calidad técnica y es más notable por su iconografía, podemos destacar su adscripción a las características propias de la pintura barroca española del siglo XVII, de gusto naturalista italianizante y línea sobria y ascética, aunque al mismo tiempo dotada de un sentido dinámico y escenográfico.